

ideas; y fuera ingratitud reprehensible en la presente edad, si al verlos vencidos por la contradicción y la duda en la esfera de la doctrina, desconociéramos sus importantes servicios y rechazáramos la herencia que para nosotros atesoraron generosos.

VII.

El espíritu filosófico del siglo XVIII y la intolerancia de las escuelas que bajo su manto se cobijan, no habían consentido la realización de la historia de la literatura española; pensamiento que presentado por los más é iniciado por los Mohedanos, había llegado á ser una verdadera optación en la república de las letras, á despecho de las contradicciones de la crítica. Debía el siglo XIX recoger en vario concepto el legado del XVIII; triste herencia por cierto, si hubieran venido á punto de realizarse todos los sueños de las sectas filosóficas, abortadas por el enciclopédismo. Mas como no en balde afligen á la humanidad los grandes desastres y dolores, mostrado á tiempo el despeñadero, acudióse luego á reconstruir lo derribado sin razón ni ley; y abiertos á los estudios literarios y filosóficos nuevos horizontes, reflejóse su luz en las esferas de la crítica, que recibió por tanto impulso y dirección más conformes con la razón y con la historia. Si no ha alcanzado en nuestros días la verdad, pugna por lograr su conquista. Comenzó en nuestro suelo por ser tolerante, se hizo después ecléctica, y empieza ahora á caminar por la verdadera senda de la filosofía, á cuyo término podrá encontrar la verdad, si es que no la amenazan nuevas tormentas y no impiden su paso hondos abismos.

Desde los primeros años del presente siglo vieron la luz pública varios ensayos sobre la historia del teatro, los cuales manifestaron que si no se habían reconciliado aun los eruditos con las obras de Lope, Tirso, Calderon y Moreto, no eran vistas ya con tanta ojeriza, si bien tampoco se presentaban cual modelos. Fueron sin duda los primeros que en esta parte de la literatura española comenzaron á usar de cierta diligencia y tolerancia, que debía más tarde producir sazonados frutos, don Casiano Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, y don Manuel Garcia de

Villanueva en su *Origen, épocas y progresos del teatro español*<sup>1</sup>. No alcanzaban sin embargo estos escritores en la república literaria la autoridad bastante para contrarestar el triunfo de la escuela ultra-clásica, recientes aun las derrotas del *Café*, de la *Lección poética* y de *Los pedantes*, sátiras con que don Leandro Fernandez de Moratin había ridiculizado la escuela de Comella, hiriendo de muerte su infeliz teatro. Era en verdad harto difícil la situación de los que abrigaban simpatías por los grandes dramáticos del siglo XVII: forzados á combatir contra enemigos fuertes y discretos, hallábanse igualmente empeñados en porfiada lucha con la ignorancia y el mal gusto de los que pretendían seguir las huellas de aquellos esclarecidos ingenios, por entre absurdos y delirios. Los trabajos de Pellicer y de Villanueva despertaron á pesar de todo el patriotismo de los eruditos, y fueron quizá poderoso incentivo para que redoblara el ya indicado Moratin sus largas investigaciones sobre los *Orígenes del teatro español*, iniciadas desde su juventud, según expresa él mismo, y dadas á luz después de su muerte por la Real Academia de la Historia.

Si la crítica de nuestros días careciera de las demás obras de Moratin y sólo hubiera escrito este los *Orígenes*, no dejaría por cierto de concederle señalado lugar entre los varones que más honran nuestra patria. No sea esto decir que aceptamos de lleno las doctrinas que le sirvieron de norte en sus juicios, ni menos que los *Orígenes del teatro español* son una obra completa. Contemplando las producciones de los antiguos dramáticos desde un punto determinado, veía Moratin con invencible prevención la mayor parte de las producciones que en su libro juzgaba, encaminándose sus tareas más principalmente al exámen de las formas exteriores que al de los elementos constitutivos del arte por aquellas representado. Era en esto consecuente con la bandera bajo la cual se había filiado, como poeta y como crítico: como erudito, á pesar de la extremada laboriosidad de que hacia

<sup>1</sup> Pellicer no hizo en su *Tratado histórico* más que explanar el discurso que sobre la misma materia había presentado su padre á la Real Academia de la Historia, y lo dió á la estampa en 1804: Garcia de Villanueva había ya publicado en 1802 su *Origen y progresos del teatro español*.

alarde, principalmente en las *Notas* que ilustran su *Discurso*, caía en repetidas equivocaciones, y dejaba no pocas lagunas; faltas tanto más dignas de repararse cuanto iba á ser mayor la influencia de su doctrina y de su ejemplo en la república de las letras. Sobróle sin duda buena fé para recibir como verdaderas y de ley algunas noticias que halló esparcidas en otros autores, y faltóle asimismo tiempo ó fortuna para examinar con entera madurez y templanza todas las obras sobre que debía recaer la análisis. Mas si no es posible desconocer que no se despojó Moratin en los *Orígenes del teatro español* de aquel espíritu de escuela, que debía esterilizar áun por algun tiempo las más esquisitas investigaciones de la erudicion; si no es lícito desentendernos de los deslices en que incurre, ni de las aventuradas tésis que asienta y sostiene, sobre todo al tratar de los orígenes de la poesía castellana, puntos que en su lugar recordaremos, justo nos parece consignar que determinaba el referido libro un verdadero progreso en el desarrollo de la crítica literaria, merced á la singular diligencia de su autor y al noble anhelo de investigación que iba cundiendo entre los doctos. Los *Orígenes del teatro español* serán siempre consultados con provecho de la crítica, lo cual les asegura duradera estima.

Daba casi al mismo tiempo á la estampa don Manuel José Quintana la *Coleccion de poesías selectas*. Poeta de primer orden y muy superior por tanto en materias de buen gusto á sus predecesores Sedano, Conti y Fernandez, exponía el nuevo compilador con más segura crítica las bellezas que resaltaban en las obras por él elegidas, tegiendo al propio tiempo breve historia del arte erudito español, bien que no perdiendo de vista los triunfos alcanzados por la poesía popular en manos de los vates doctos. Tan juiciosa conducta, en que se manifestaba ya la tolerancia de la crítica, tanto más digna de elogio en Quintana cuanto eran más conocidas sus doctrinas clásicas, como cultivador de las musas, si halló el merecido galardón en el comun aplauso, no dejó por cierto de excitar peligrosas contradicciones. Fué su más terrible, aunque embozado, propugnador don José Gomez Hermosilla, persona á la verdad entendida y no ayuna de erudicion literaria; pero dominado de reprehensible exclusivismo, ó movido tal vez de cau-

sas ajenas al arte y á la crítica, desatóse en acusaciones y aun sarcasmos contra los géneros y las obras por Quintana aplaudidas, estrellándose más principalmente contra la poesía popular, significada en los *romances* y en el teatro. *Poetas canijos y copleiros* llamó á los que, reconociendo el inagotable tesoro de bellezas que encerraban los romances históricos, caballerescos y moriscos, habían ensayado sus fuerzas en estos géneros de composiciones; proscribiendo así de una plumada la forma más genuina, libre y espontánea del arte español, y pretendiendo lanzar en el desprecio sus más brillantes glorias. La ira censoria de Hermosilla, que atropelló tambien no pocas obras del arte erudito, descargó con no menos fuerza sobre Lope de Vega, á quien, como Nasarre y Velazquez, apellidó corruptor del teatro, juicio que iban á repetir con no mucho celo de su fama otros escritores del siglo XIX. La aspereza y caprichosa severidad de Hermosilla, nada hubiera significado sin embargo respecto de la crítica literaria, si por su categoria oficial no hubiese sido destinado su *Arte de hablar en prosa y verso* á servir de guia á la juventud, adoptándose como obra exclusiva de texto en todos los colegios de humanidades. Pero á pesar de tan injustificada proteccion, hija de los errores políticos que ensangrentaron el primer tercio del siglo, no produjo felizmente el espíritu reaccionario de Hermosilla el triste fruto á que aspiraba: servíale á dicha de poderosa triaca la saludable doctrina que iba derramando entre la juventud dorada un varon respetable, nacido en el suelo de Sevilla, donde desde principios del siglo brillaban el buen gusto y la tolerancia en la *Academia de letras humanas*, digna heredera de la antigua escuela, fundada por los Mal-Laras, Herreras y Arguijos.

Tal era don Alberto Lista y Aragon: consagrado desde los primeros años de su juventud á la enseñanza pública, movido de espíritu verdaderamente filosófico, veía con hondo disgusto el exagerado exclusivismo de Hermosilla; y aplaudiendo los esfuerzos de Pellicer, Villanueva, Moratin y Quintana, procuró inculcar la doctrina de que «sólo era despreciable en letras lo que ofendia abiertamente el buen sentido.» Abria de este modo la senda de un eclecticismo racional que debía al cabo conducir al estudio profundo de los monumentos, ya debidos al arte popular,

ya al primitivo erudito, ora al toscano-latino, y ora en fin al galoclásico, que todavía dominaba, ó que, mejor diciendo, se había levantado con el imperio absoluto de la literatura, muerto el teatro español y trasformada en vulgar la poesía popular, como advertiremos adelante. Dados á conocer, aunque imperfectamente, los primitivos monumentos de la literatura patria <sup>1</sup>, atendió Lista sobre todo á restablecer el crédito de nuestros grandes poetas dramáticos, manifestando la injusticia con que habían sido tratados por naturales y extranjeros; y con este propósito emprendió largas tareas, que interrumpidas á deshora en 1823, daban por resultado, despues de arrostrar las vicisitudes políticas en que se vió envuelto, una enseñanza sazónada, amplia y filosófica del teatro español, empezada en el Ateneo de la Córte y terminada en los diarios de Cádiz <sup>2</sup>.

Lope de Vega no apareció ya como el corruptor, sino como el fundador del verdadero teatro. Calderon no fué condenado como prevaricador calenturiento: sus creaciones aparecieron á vista de

<sup>1</sup> Recordando Lista el curso explicado en el Ateneo de Madrid, de 1822 á 1823, escribía: «Empezamos nuestras explicaciones por la poesía y recorrimos todos los ramos... desde los orígenes más remotos de la lengua castellana hasta nuestros días» (Introducción á las *Lecciones de Literatura española*). Algunos años despues observaba, tratando de la *Prueba de las Promesas* de Alarcon: «Dice [el mismo Alarcon] que tomó el argumento de este drama del *Conde Lucanor*, cita que no hemos podido verificar por la rareza de este libro. Su mérito está reclamando la reimpresion, así como otros muchos del siglo XV y XVI, desconocidos aun de nuestros literatos, y que yacen como tesoros sepultados en el polvo de las bibliotecas» (*Ensayos literarios*, tomo II, pág. 206). La noble ingenuidad del Maestro nos revela en estas líneas su erudición respecto de la edad media, constándonos de propia experiencia que, así como el *Conde Lucanor*, le fueron desconocidos otros muchos monumentos del arte español, según en el texto indicamos.

<sup>2</sup> Estas explicaciones, á que tuvimos el placer de asistir en 1837, y fueron publicadas en 1839 con el título de *Lecciones de Literatura española*, abrazaban los orígenes del teatro hasta Lope de Vega inclusive. Ampliadas despues en larga série de artículos dados á luz en Cádiz, fueron recogidos más adelante en una colección de opúsculos, importantísimos para los que se dedican al estudio de las letras, con el título de *Ensayos literarios* (Sevilla, 1843). Lista había inaugurado sus trabajos críticos desde 1822 en el antiguo Ateneo de la Córte, según en la nota anterior indicamos.

los discretos llenas de armonía y de encanto, de interés y de vida. Sus damas revelaron la altivez de las mujeres nobles de Castilla: sus galanes, la hidalguía, la lealtad, la franqueza, el pundonor y la fiereza de los hidalgos y de los caballeros.—En las comedias del teatro español se vieron finalmente trazadas las costumbres y las creencias de aquel gran pueblo que había sujetado á su triunfante carro el cuello de dos mundos. Calderon fué pues la *llama viva* que reflejaba en sus creaciones toda la civilización española. *La cruz en la sepultura* entrañaba la íntima creencia religiosa del pueblo castellano; *Á secreto agravió* revelaba su moral interior y sus más recónditos sentimientos; *La vida es sueño* ofrecía el doble dogma político-religioso que había dominado durante la edad media, produciendo al cabo el dogma del derecho divino y de la irresponsabilidad humana de los reyes. Segismundo no fué ya *un príncipe de Polonia, encerrado por su padre como una fiera*, según había expresado alguno de los escritores coetáneos <sup>1</sup>: fué sí el símbolo de la historia de la humanidad sin freno alguno, dejándose arrebatar en el torrente de las pasiones y amaestrándose al fin en la amarga escuela del desengaño. Al lado de Calderon y de Lope se levantaron otros colosos, cuyas obras apenas eran estudiadas de los eruditos: Tirso de Molina, Rojas, Moreto y Alarcon recobraron al fin la gloria conquistada á fuerza de ingenio, volviendo á ser sus obras, si no tan populares como en el siglo XVII, al menos respetadas por la muchedumbre de discretos y acatadas por la crítica.

No otro es el influjo ejercido por don Alberto Lista en la crítica y literatura contemporáneas: sus doctrinas, inculcadas por el espacio de sesenta años de enseñanza en la juventud de dos generaciones, modificaron en la primera el enciclopedismo del pasado siglo, y han formado el gusto y el criterio de la segunda, si bien no alcanzaron desde luego á desvanecer la resistencia que á su triunfo oponían los defensores del exclusivismo clásico.

Háse distinguido entre estos, aunque templando sucesivamente la rigidez de sus principios, don Francisco Martínez de la Rosa, á cuyas doctrinas hemos aludido una y otra vez, siendo para nos-

<sup>1</sup> Don Francisco Martínez de la Rosa, *Apéndice á la comedia*.

otros reprehensible descuido el omitir su nombre, al trazar el presente bosquejo del espíritu, carácter y tendencias de la crítica literaria en nuestro suelo. Injusticia sería harto notoria el negarle la extensa erudición y el no vulgar conocimiento del arte erudito, de que dan claro testimonio tanto sus obras dramáticas como sus trabajos didácticos. Educado bajo la influencia de la escuela ultra- aristotélica, no ha podido sin embargo libertarle todo su patriotismo, en mil conflictos acrisolado, de los resabios y preocupaciones que le han inducido á mirar con excesiva prevención, ya que no con injusto desden, las producciones del arte castellano. Así, aunque muestre no serle del todo peregrinos los monumentos de la antigua poesía española, aunque sus juicios de Lope, Calderon, Moreto y demás dramáticos se aparten algun tanto de la intolerancia del siglo anterior, ni alcanza su vista á esparcirse en los desconocidos verjeles de la edad media, ni producen sus estudios sobre el teatro español toda la luz que debieran, ni bastan sus juicios individuales á dar á conocer, como desearamos, aquellos colosos de la escena. Martinez de la Rosa trataba sin embargo en los *Apéndices á su arte poética* con no poca madurez y acierto muchas y muy importantes cuestiones de la historia de nuestra literatura, lo cual hace más sensible el que no se despojara por completo de la tirantez clásica, contraída en su juventud, para asociarse de lleno al movimiento filosófico que tomaba á su vista la crítica literaria. Digna de aprecio es por último su *Traducción de la epístola de Horacio á los Pisones*, y no menos interesantes y útiles, para formar el gusto de la juventud en los estudios clásicos, las numerosas *notas* que la acompañan.

Fructificaba entre tanto la semilla arrojada por Lista en el campo de las letras; y mientras era cultivada la crítica en vario sentido, si bien con ilustrado espíritu, por un don Félix José Reinoso, un don Javier de Burgos, un don Bartolomé José Gallardo, un don Antonio Alcalá Galiano y un don José de la Revilla, señalábase entre todos por su acendrado amor á las glorias nacionales, no menos que por la profundidad de miras que revelaba desde luego en sus escritos, uno de los más antiguos y cariñosos discípulos de aquel respetado maestro, que parecía haberle confiado la difícil tarea de realizar la trasformación crítica por él ini-

ciada. Hablamos de don Agustin Duran, cuyos estudios sobre la poesía popular española han merecido el aplauso de los doctos dentro y fuera de España, con no poca estimación de su nombre.

Menospreciando las diatribas y sarcasmos de Herosilla y aun á riesgo de ser tenido por *anarquista literario*, en tanto que protestaba con noble sinceridad de su respeto á los estudios realmente clásicos, proclamando su utilidad, como lo habia hecho repetidamente Lista, fijaba sus miradas en las fuentes del verdadero arte español, para buscar en ellas la ley superior de su existencia, dando á conocer la legitimidad de sus producciones en su progresivo desarrollo.—Aquellos *poetas canijos* y *copleiros* que habian cantado durante la edad media la religion, la independencia, el valor y la lealtad del pueblo castellano, reflejando vivamente sus aspiraciones y sus creencias, lejos de merecer las ágras calificaciones del sistemático impugnador de Quintana, fueron considerados por Duran cual intérpretes de nuestra civilización, «como que el idioma y la poesía vulgar son el depósito, donde se contiene y elabora la originalidad de las naciones.» Fruto espontáneo de la española habia sido pues la que personificaban los *romances*; y cultivado á tiempo el árbol, fecundado por la sávia popular tras repetidas generaciones, «creció magnífico y robusto hasta las nubes, y sus vigorosas ramas asombraron la culta Europa.» No otra habia sido la obra meritoria y altamente nacional de Lope de Vega, quien abarcando y comprendiendo á la vez las glorias de lo pasado y las necesidades morales de lo presente, «convertia en drama toda la poesía popular, rejuvenecida y ornada de las conquistas hechas en nuestro suelo por las letras y las ciencias.»

No hay para qué esforzarnos en demostrar que estas ideas, expuestas y ampliadas, tanto al estudiar el *Drama novelesco español* como al recoger en el *Romancero* los primitivos tesoros de la poesía popular castellana, venian á coronar por su cima los nobles esfuerzos de Lista, imprimiéndoles más trascendental y profundo sello. Desde este momento, saludado con aplauso por los hombres doctos de Europa, si no se confesó del todo vencido el ciego exclusivismo de escuela que habia esterilizado constantemente las especulaciones de la crítica, militaron ya bajo la bandera de la tolerancia muy denodados paladines que han prestado,

y prestan todavía, eminentes servicios á la patria literaria. Ensanchados al propio tiempo los horizontes de la política, fué dado ya á los hombres pensadores recorrer holgadamente las diferentes esferas de la filosofía y del arte, siendo para todos obra igualmente digna y meritoria la de restituir al pueblo español el sentimiento de su nacionalidad, tristemente amortiguado por los bastardos intereses de añejos sistemas.

Védanos el temor de parecer lisonjeros hacer aquí larga muestra de cuantos escritores se han distinguido con este propósito en el múltiple estadio de la crítica literaria. Lugar preferente merecen no obstante, así por las tareas, á que han dado cabo, como por el intento que en ellas revelan, don Eugenio de Tapia, don Mariano José de Larra, don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Antonio Gil de Zárate, don Pedro José Pidal, don Eugenio de Ochoa y don Fermin Gonzalo Moron. Movidos de un mismo anhelo, si bien guiados de distintos principios y con diversas miras filosóficas, acometieron el primero y el último la árdua y difícil empresa de escribir la *Historia de la civilización española*, dando claro testimonio de erudición extraordinaria y de no exígua perspicuidad para este linaje de estudios: Larra, malgrado en la flor de la vida, empezó á ejercer la crítica con elevación y profundidad verdaderamente filosóficas; y no satisfecho de combatir el romanticismo fisiológico, que con los dramas franceses comenzaba á cundir en nuestro suelo, aspiró también á realizar en el *Maetas* la restauración del teatro español, tal como él la había concebido: Hartzenbusch, aplaudido por sus bellas producciones dentro y fuera de España, ha publicado las obras dramáticas de Lope, Tirso y Calderon, exornándolas de prólogos é ilustraciones, escritos con extremado juicio y con erudición abundante y sóbria, y al mismo tiempo ha dado á luz larga serie de artículos sobre el teatro, ya tratando cuestiones fundamentales del arte, ya exponiendo su historia, principalmente en orden al pasado siglo: Gil de Zárate, no menos celebrado por sus dramas, ha recorrido en el *Resumen histórico de la literatura española*<sup>1</sup> las épocas más importantes del arte castellano en sus diversas transformaciones; y

<sup>1</sup> Segunda parte del *Manual de Literatura*, edición de 1851.

es en verdad digno de sentirse que el propósito meramente didáctico y elemental, con que emprendió el indicado *Resumen*, no le consintiera detenerse en ciertos puntos, ni levantar la crítica al elevado terreno en que su reconocido talento y su no vulgar instrucción hubieran campeado más desembarazada y libremente: Pidal, dotado de clara inteligencia, erudito como pocos y amante como el primero de las glorias literarias, ha enriquecido el parnaso de la edad media con muy preciosos monumentos, é ilustrado alguna parte de la historia literaria con atinadas y muy eruditas investigaciones, de que es insigne muestra el *Discurso preliminar* puesto al *Cancionero de Baena*: Ochoa, en fin, si no tan afortunado en todos los trabajos á que ha dado cima, se ha mostrado infatigable publicador, así de los tesoros literarios de la edad media como de los tiempos modernos; y merced á las especiales circunstancias de su vida, los ha dado á conocer del lado allá de los Pirineos, no sin tomar alguna parte en las tareas de la *Biblioteca de Autores españoles*, gallardo palenque donde han venido también á probar sus fuerzas y hacer gala de su erudición otros muchos cultivadores de la ciencia crítica. Lástima es por cierto que en este gran museo de la literatura patria, donde parecen haberse dado el ósculo de paz las escuelas antes rivales ó declaradas enemigas, y hallamos escritos en el pedestal de las estatuas de Cervantes, Quevedo, Ercilla, Moreto, Jovellanos, Quintana y otros ciento, los nombres de Aribau, los dos Fernandez-Guerra, Rosell, Mesonero Romanos, Nocedal, Ferrer del Rio y otros muchos, apenas hayan logrado culto los preclaros ingenios que ayudaron al Rey Sábio y al celebrado don Juan Manuel á crear y dar vida, fuerza y color á aquella hermosa lengua, de la cual decia Nebrija, al declinar del siglo XV, que habia subido á tal altura que sólo podia esperarse ya su decadencia.

Tales son pues las diversas fases por que ha pasado la crítica literaria desde el siglo XVI, en que pudo dar muestras de existencia, propiamente hablando, hasta nuestros dias. En aquella primera edad la hemos visto sujeta al yugo de la autoridad mal llamada aristotélica, canonizando la imitación toscano-latina y reduciendo todos sus esfuerzos al exámen de la forma exterior en manos de los comentadores, que desconocen ó abominan la litera-

tura de la edad media. El arte se desarrolla á pesar de la crítica, que opuesta sistemáticamente á su desenvolvimiento, viene al cabo á quedar vencida.

Durante el siglo XVII reina en la república de las letras la más completa anarquía, como imperan en las regiones de la moral y de la política el desacuerdo, la intolerancia y el estéril favoritismo: la crítica, que pasa de la sátira y de la diatriba al panegírico, refleja profundamente aquel estado de ansiedad, de incertidumbre y decadencia; y escandalizada de sus propias contradicciones y delirios, pretende escurarlos y aun santificarlos con la autoridad de griegos y latinos. Pero la revolución literaria, afecta únicamente á la forma exterior, porque ya no es posible llevarla al fondo de las ideas, apareciendo por esta causa tanto más contradictoria la conducta de los comentadores, cuanto que habia faltado el centro comun sobre que giraban sus estudios <sup>1</sup>.

En el siglo XVIII, que comienza en medio de un caos literario, recobran los principios clásicos toda su fuerza: la poesía popular, refugiada en el teatro, espira en manos de los Zabalas, Valladares y Comellas; y así como habian negado los eruditos de los siglos anteriores el arte de la edad media, niegan los galo-clásicos el teatro español, y le condenan á la oscuridad y al menosprecio. El espíritu enciclopédico viene, por último, á enseñorearse de las letras, repitiéndose el fenómeno de pretender los doctos anudar la edad presente con la civilización griega y latina; pretension absurda que sólo podia conducir á la negación y al abismo. Á favor sin embargo de los estudios históricos, cuya necesidad é importancia notamos oportunamente, se ensancha una y otra vez el círculo de las investigaciones críticas, acopiándose laboriosa-

<sup>1</sup> Sobre este punto importantísimo dió á luz en la *Revista de Ciencias y Literatura de Sevilla* el distinguido escritor D. Manuel Cañete, con título de *Observaciones acerca de Góngora y del culteranismo en España*, un largo estudio, que en oportuno lugar tendremos presente. Cañete se mostró, como en todos sus trabajos, de que son también digna prueba las *Lecciones sobre el teatro español*, pronunciadas en el Ateneo, grandemente asociado al movimiento filosófico de la crítica en nuestro suelo, siendo en verdad sensible para los hombres estudiosos el que no haya reunido y dado á luz todas sus obras.

mente los materiales que podian figurar más tarde en el edificio de la historia literaria.

En el siglo XIX engendra la tolerancia el anhelo de penetrar los misterios de otras edades, y tras este primer momento aspira la crítica á la imparcialidad, la independencia y la universalidad que felizmente la caracterizan. Roto el yugo de las escuelas, cobrada la conciencia de su propio valer, y medida la extensión de su imperio, ni se limita al somero estudio y quilatación de las formas externas, ni se encierra tampoco en el círculo de las artes, llamadas de imitación, abrazando por el contrario todas las artes, todas las obras y producciones del ingenio humano, que logran real significación y trascendencia en el desarrollo de la civilización de los pueblos. La poesía, la historia, la filosofía, en cuanto tiene por objeto la vida y el hombre, y la elocuencia fijada por la escritura, son pues, como ha observado un escritor moderno, los principales elementos, y constituyen el fin más elevado de la crítica <sup>1</sup>.

Estos principios comienzan por fortuna á dar granados frutos en nuestro suelo: las antiguas preocupaciones van desapareciendo, y la historia del pensamiento humano empieza ya á reanudarse entre nosotros, siendo por tanto indispensable el examinar todos los eslabones que forman esa gran cadena de los siglos, para comprender y quilatar debidamente los triunfos de la civilización y de las letras españolas. Mas no se ha operado este cambio trascendental en las esferas de la crítica, sin el concurso de la erudición y de la inteligencia de los extraños: deuda no pequeña tenemos contraída con los hombres doctos que han vuelto sus miradas á nuestra literatura y han consagrado largas vigiliass á ilustrarla; y no es por cierto indiferente el conocer cómo estos estudios se inician y desarrollan fuera de la Península Ibérica, hasta atraer el respeto y la estimación sobre las mismas obras un tiempo desdenadas.

<sup>1</sup> F. Schlegel, *Historia de la Literatura antigua y moderna*, tomo I, capítulo I.